

# La mujer y el amor en el *Martín Fierro*

*Martín Palermo*

El control de la ciudad por una nueva clase política hostil al nativo, que utilizando ciudades y poblados como base de control, produce una ruptura familiar que culmina con la dispersión y fuga del gaucho hacia el interior de la pampa. Esta lucha entre el hombre de poblado, sedentario y el gaucho nómada, pone de manifiesto una escisión cultural que durará un siglo en el país. De aquí en más, el gaucho no sólo deberá vencer obstáculos naturales para integrarse, sino también culturales, esto lo convertirá en un perpetuo forastero.

Este juego de desafío produce un efecto neutralizador de sus impulsos vitales. Esta forzosa conservación de sus recursos originales, lo convertirá en testimonio de anquilosamiento del espíritu criollo. En este período histórico se rompe el equilibrio entre el campo y la ciudad. Sus hijos no tuvieron padre, no tuvieron madre.

- La disolución de la familia es una alegoría del momento histórico y proyecta sobre los personajes, la disolución pública y privada. Estos absorben sobre sí el olvido. El olvido de la historia, el olvido del gobierno.
- La falta de figura paterna, representante de la ley, significa el derrumbamiento e implosión de la familia.

«/El que vive de ese modo/de todos es tributario:/falta el cabeza  
primario/y los hijos que él sustenta/se dispersan como cuen-  
tas/cuando se corta el rosario/»

El hogar queda fuera del espacio estético del poema.

- La palabra que evoca forma, color, movimiento, fue la arquitectura que veda la idea del hogar. El personaje absorbe el vacío dejado por los gobernantes y también absorbe sus contradicciones.
- Privado de la unión sexual, fue arrojado al amor fraterno.

«/Pues que de todos los bienes/-en mi ignorancia lo infiero-/que dio al hombre altanero/Su Divina Majestá,/la palabra es lo primero:/lo segundo, es la amistad./»

La cabeza familiar se vuelve errante, por lo tanto la mujer y sus hijos quedan a la intemperie. La madre de sus hijos será la tierra misma, la pampa, o en su defecto, cuando hubiera bienes, el personero pícaro de un juez encarnado en la figura del «Viejo Vizcacha». Así rodaban entre una tierra que se «traga a los hijos» y un tutor que los despluma. Pasando de tutor en tutor, repitiendo en lo particular el estilo de satrapía que tuvo por ley suprema el espíritu liberal. El gaucho solitario y matrero de nuestros campos no es el producto de la organización social sino mas bien su contrario. No pertenece a ella, no constaba en sus registros:

«/Me raí y le dije yo/tal vez mañana acabarán de pagar/y aí no más volvió a decir/comiéndome con la vista/y que querés recibir/si no as dentrao en la lista/»

«/Ésto sí que es amolar,/dije yo pa mis adentros,/van dos años que me encuentro/ y hasta aura he visto ni un grullo,/dentro en todos los barullos/pero en las listas no dentro/»

Su única organización social fue el suelo, el clima y el paisaje. Como dice Emilio Daireaux: «Nadie le inculcó principios religiosos pero cree en Dios, mostrábase civilizado en un mundo huraño». El gaucho se hizo a sí mismo con lo que hicieron de él las injurias. No tuvo nombre: «Nadie era su nombre». Como un moderno Ulises fue arrojado desnudo a la aventura del desierto envuelto en una «perpetua noche» y su familia entera ha sucumbido de tristeza por la ausencia del hombre. Se puede decir de él lo que Borges escribió sobre el Ulises:

«/Ya en el amor del compartido lecho/duerme la clara reina sobre el pecho/de su rey, pero ¿dónde está aquel hombre/que en los días y noches del destierro/erraba por el mundo como un perro/y decía que Nadie era su nombre/»

El vagar de este peregrino es la búsqueda permanente de Dios, del origen, de la justificación de su existencia, en un espacio infinito. La mujer ausente es la diosa de la fertilidad, es un mito griego reformulado. Hombre en permanente movimiento, navegante de tierra firme en un espacio infinito, el gaucho americano fue el bárbaro ignorado de la tradición grecolatina. La intemperie en la que se desplegó fue cultural.

La civilización no reconoció en esta «barbarie» nueva los rasgos de la antigua.

Si hacemos memoria, en sus primeros viajes, en general, los conquistadores no trajeron mujeres consigo. La mujer de la pampa es india, no criolla. En el año 1536, desembarcan en el puerto de Buenos Aires, don Pedro de Mendoza, con 14 navíos, 100 caballos y 2500 hombres. No había mujeres en la tripulación. Con los mestizos guaraníes de Asunción, llamada el «Paraíso de Mahoma», Garay funda las ciudades argentinas de Santa Fe (1573) y Buenos Aires (1580). Estos son los elementos más antiguos. Esta mezcla de sangre española, mestiza y árabe, conservó la bravura y el nomadismo, al mismo tiempo que se dedicó a poblar y cultivar nuestro suelo. Fue nómada y cazadora.

Martiniano Leguizamón, en *La cuna del gaucho* dice: «El gaucho es patrimonio racial de nuestro suelo y tuvo por origen la mezcla de criollos y mestizos guaraníes, que de la Asunción bajaron a poblar Santa Fe y Buenos Aires, siendo el indio, el maestro del gaucho en el manejo del lazo y las boleadoras...»

De esta mezcla de españoles-árabes y mujeres nativas surge el criollo. Sólo podían casarse con mujeres indígenas el soldado raso, el andaluz o el negro, el resto de la población, no podía contaminar su sangre. Es en vano buscar un culto místico a la mujer en el poema. No hay presencia estable de la mujer vinculada al personaje porque el vínculo supone reposo, afincamiento. Los temas de amor en la literatura gauchesca, con raras excepciones, son del hombre arraigado.

El gaucho es andariego, como su antepasado, el beduino del desierto. Ambos hicieron su vida al aire libre. Humanidad heroica y sin medida, gestada en soledades extensas y azarosas. El peregrino de la pampa no lleva consigo a la amante como lo hará más tarde el soldado de la conquista del desierto. Esta ausencia de la figura femenina se puede apreciar también en Santos Vega y en don Segundo Sombra, por no citar sino lo más representativo de la literatura gauchesca. Los héroes de estas obras literarias tienen si no identidad, al menos semejanzas. Son hombres en movimiento. Gaucho matrero o resero, sólo pueden concebirse desde su propio movimiento. Su ritmo vago, sostenido y sus disonancias, dominan vida, música y escritura en la pampa. Hay correspondencia entre lo visto y lo oído en la vastedad y la expresión artística. El lenguaje amoroso es un reflejo de esto. El movimiento continuo que se observa en el poema se refleja en la palabra: lo dicho en el mismo recoge el vocabulario del territorio en el que se despliega

el personaje: lenguaje de ciudad, de toldería, etc. El vocabulario es tan florido como el campo en que se despliega.

Sin embargo en los 7210 versos del poema se puede apreciar que el nombre de la mujer aparece tan sólo en dos oportunidades. El rasgo más notable del poema es la ausencia de la nominación de la mujer. Ella es nombrada por su género. No tiene nombre propio. El nombre genérico de la mujer aparece en 171 oportunidades: como mujer, china, madre, moza, mulata, hechicera, etc.; sólo en dos oportunidades aparece con nombre propio:

«/Era una infeliz mujer/que estaba de sangre llena,/y como una Magdalena/lloraba con toda gana./Conocía que era cristiana/y esto me dio mayor pena./»

Y en otra oportunidad:

«/Se vino haciendo el chiquito/por sacarme esa ventaja;/en el pantano se encaja,/aunque robo se la hacía;/lo cegó Santa Lucía,/y desocupó las cajas./»

Como en la más pura tradición platónica, el alma abandona el cuerpo en busca de la universalidad. La derrota de la corporeidad no supone una supresión de la misma sino su metamorfosis. El amor no es apetencia individual sino ideal de vida, sentimiento elevado. Es reminiscencia.

Aunque la mujer de hecho no tiene realmente un rol protagónico en la literatura gauchesca, esto no hace sino afirmar el imaginario masculino, autorizando su discurso poético. Domina la capacidad imaginativa del hombre constituyéndose en una necesidad lógica del poema. Vacío significante, vacío generador. Esta ausencia, lejos de liberarla, la encadena al hombre. Ocupa todos sus pensamientos, todos los instantes de la soledad del personaje. Otorga la palabra y aparece ella misma iluminando todo el poema. Esta despersonalización, producida por desplazamientos gramaticales, es un vacío que se arma en torno a una nominación, es un rodeo, un sacrificio que genera deuda. Esta distancia que produce el silencio, hace inteligible al poema, el lector es forzado a leer lo que no se dice. El poeta no habla sobre la mujer para que ésta aparezca en toda su dimensión. No es la omisión lo que genera esta deuda la inocencia y la debilidad configuran esta lógica sacrificial. Frustración dolorosa para el hombre y la mujer.

En este momento de la historia, ésta se encontraba en desventaja, era necesario un olvido de sí misma para poder entrar en el mundo de los hombres que habían doblegado su destino. Había nacido bajo la marca de la desigualdad ante la ley y debía combatirla o sufrirla. Sólo en la igualdad pudo rescatar la figura femenina, su dignidad y su respeto. En este momento de aprendizaje de la libertad, se replegó sobre sí misma. Las mujeres hicieron su aporte a la construcción de la nación desde el ámbito de lo privado e íntimo. Tuvieron una participación directa en la vida nacional, tomando la casa-hogar como puerto seguro. Su misión patriótica quedó subsumida en el amor materno-filial. Lucharon desde el hogar doméstico y mientras algo hervía en una olla. Como Penélope, su drama fue el drama hacia adentro.

El vínculo entre la mujer y el hombre supone cierto grado de organización. La mujer fue mediadora cuando la lucha se dio entre organizaciones contrarias: godos-criollos, federales-unitarios, peronistas-antiperonistas, etc. Su compromiso supone siempre organización. En la lucha por la emancipación, la mujer tomó participación activa en tanto y en cuanto hubiera un espacio íntimo sobre el que replegarse. El vínculo amoroso es una metáfora de ello. Lo inconmensurable de la pampa no facilita ni promueve este tipo de vínculo. A este vínculo lo observamos tanto en los poblados como en las *tolderías*. No en campo abierto. La mujer aparece en el desierto en tanto cautiva, no libre.

Una sola vez se encuentra Fierro con una mujer y ésta en trance de ser ajusticiada por un indio que ya ha matado a su hijito. Es rescatada por Fierro, pero tan sólo para otorgarle la libertad. La mujer era cautiva, no era del desierto. Pertenecía al ámbito privado e íntimo. También en las *tolderías* tenían esos caracteres, según su *status* era mujer de cacique, capitanejo o de *chusma* pero el amor conyugal es el drama para adentro, es íntimo.

La mujer guerrera, en las luchas internas, lleva el drama hacia afuera y acompaña a su hombre a condición de tener un lugar donde replegarse; este ámbito es privado y presupone una comunidad organizada, ya que el amor se da en otro espacio.

La empresa en el desierto es del orden de lo masculino. Por tal razón en el desierto el amor (*Eros*) da paso a la fraternidad (*Philía*). Pero no hay lugar para la mujer cuando la lucha es por el puro valor. Ésta puede luchar junto a su hombre o tomar su puesto en su ausencia, como lo hicieron las mujeres cuarteleras, pero siempre su presencia tiene lugar en tanto pueda generar, como *Eros*, nuevas estructuras. Estructuras dentro de estructuras es su *conditio sine qua non*, no importa cuál sea su sistema organizativo.